



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	006: DIFUSIÓN
CAJA	017
EXP.	114
DOC.	0003
FOJAS	3-19
FECHA (S)	s/f

Para qué la historia del arte prehispánico

Beatriz de la Fuente

Miembro de la Academia Mexicana de la Historia

1. La curiosidad y la historia

Entre sus cualidades innatas, el humano se manifiesta como un ser curioso, pregunta por su ser, por su entorno, por su pasado y por su futuro. Se sabe que los neandertales recogían fósiles y piedras con formas extrañas. Sin duda, como lo ha dicho el paleontólogo Andre Leroi-Gourhan, la búsqueda del misterio de los orígenes y los sentimientos en que ella se funda, nacieron con los primeros destellos de la reflexión del hombre (1971: 7).

¿Por qué busca el hombre? Puedo decir que para definirse a sí mismo en un largo y heredado proceso de autoconocimiento. Como necesidad fundamental y vital, la curiosidad ha incrementado la sabiduría colectiva de la humanidad. Las culturas se recrean debido a la búsqueda y el reconocimiento de las tradiciones, y asimismo ocurre con las innovaciones, de modo permanente, el hombre persevera en los diversos campos de las ciencias, las artes, las tecnologías y la vida cotidiana.

Al preguntarse el hombre por sí mismo y al indagar sus orígenes, se inicia el sendero interminable de la historia, ya que, desde sus principios plantea las mismas inquietudes básicas y nace de la misma curiosidad innata.

Es de todos conocido que los últimos pueblos prehispánicos que habitaron y dominaron el Altiplano Central mexicano hicieron su propia historia. En la búsqueda de sus orígenes, los mexica visitaban con frecuencia la legendaria Teotihuacán, depositaron ofrendas en las ruinas de Tula y edificaron Tenochtitlán inspirados en estilos arcaicos toltecas. La historia es subjetiva, por ello los mexica adaptaron a sus necesidades de dominio los hechos gloriosos de tiempos anteriores y proclamaron su origen con antecedentes divinos. De tal suerte, pregonaban su ascendencia tolteca, el pueblo elegido por los dioses, creador de la cultura y las artes.

2. *La historia y el conocimiento*

La historia es un medio para conocer el pasado, la actualidad y vislumbrar el futuro. La historia da sentido a la vida del hombre al comprenderlo en función de una totalidad. Lucien Febvre ha definido la historia como “una necesidad de la humanidad –la necesidad que experimenta cada grupo humano, en cada momento de su evolución, de buscar y dar valor en el pasado a los hechos, los acontecimientos, las tendencias que apuntan el tiempo presente, que permiten comprenderlo y que ayudan a vivirlo” – (citado en Pereyra, 2004: 21). La historia agrega al presente la inteligibilidad del pasado, fortalece y amplía la conciencia colectiva y hace de la recuperación y el olvido selectivo del pasado un instrumento de identidad crítica (Monsiváis, 2004, p. 171).

Para efectos de esta plática, nos centraremos en una de las ramas de la historia, la que se dedica al estudio del arte. Para esta disciplina, el objeto de arte comunica no sólo experiencias estéticas, sino que, en virtud de ser un producto humano, es en sí misma una obra histórica. Lo anterior significa que la obra de arte guarda y transmite mensajes de acuerdo con una estructura convencional, codificada y reconocida por el pueblo que le dio origen. Es comprensible en la medida en que el espectador o receptor, al ser un elemento de la misma cultura, comparte el sistema de formas visuales y sus contenidos. No obstante, con el paso del tiempo, su mensaje se vuelve ininteligible porque se han dejado de compartir las prácticas culturales que dieron origen a la obras de arte. Y es la historia del arte, con sus metodologías específicas,

la que pretende comprender estos objetos en su intrínseca condición histórica. En otras palabras, se aspira a desentrañar al ser humano detrás de la piedra tallada, la pintura, la joya vaciada en metal, la arquitectura: se persigue el acercamiento al creador en su circunstancia espacial y temporal, en su acaecer vital.

Por ejemplo, el estudio de las Cabezas Colosales ⁵ olmecas nos revela que son retratos de diferentes personas y, que acaso, en su forma, guardan la idea del cosmos. Las Cabezas olmecas son inconfundibles, responden a un modo de expresión de una comunidad determinada que habitó la costa del Golfo durante los periodos Preclásico Medio y Tardío

3. La historia del arte y el hombre

En el ejemplo anterior se hace patente que la historia del arte es una ilustre disciplina humanista que permite advertir al hombre no sólo como individuo aislado, sino en su acción comunitaria y social; en su capacidad creadora de las más altas expresiones de las artes visuales, de la poesía y de la música; en su necesidad innata de establecer orden para sí mismo y para el mundo que lo rodea, y en su obligación de conocer el pasado, a fin de afirmarse en el presente y prever el porvenir (Fuente, 1987, “El humanismo y el arte”).

Esta disciplina, campo de mi particular dedicación, toma de la estética y de la historia conceptos y métodos, los hace suyos y los aplica en la apreciación de los hechos artísticos. Como

disciplina autónoma es joven, surge apenas a fines del siglo XIX; en su desarrollo múltiples enfoques han explicado las obras de arte desde diferentes puntos de vista, los más recientes atienden sus aspectos formales básicos, así como su contenido o significados, refiriéndose a rasgos estilísticos y al medio geográfico, social o cultural.

Ahora bien, ¿qué es el arte? Es una tendencia fundamental del hombre, producto supremo de su actividad creadora y conducta primordial de comunicación. El arte es expresión de la acción y de la voluntad del hombre, y contribuye a la formación de la conciencia humana. En las artes plásticas, por medio de formas, espacios, volúmenes, colores, líneas, integrados de maneras asombrosamente

variables y distintas, el hombre da presencia a asuntos que manifiestan sus naturales inquietudes.

Veamos unas muestras de ello en murales de Bonampak, Chiapas y de Suchilquitongo, Oaxaca. En estos dos sitios se utilizaron materias primas diferentes, arcillas y materiales orgánicos, como el exclusivo azul maya en Bonampak; asimismo las formas son distintas, las unas apegadas al dato natural en Bonampak, las otras reducidas a una convención vigente en la zona zapoteca; los temas también son acusadamente diferentes: el primero de hechos humanos, el segundo de mitologías ancestrales. Cabe señalar que ninguna figuración prehispánica es absolutamente humana, ni absolutamente divina, lo cual nos señala que la distinción entre estos dos ámbitos que priva ahora en

nuestro mundo occidental, no era tan radical en la cosmogonía prehispánica.

De este modo, las obras de arte comunican y educan a la comunidad que las mira, y afirma, ante ella, la dignidad y el poder superior del hombre. Éste aspira a reconocerse en su pasado para tomar conocimiento histórico. Es claro que la tarea sustantiva del historiador del arte, es la de un investigador que hace avanzar el conocimiento. Pero tiene, a mi juicio, una tarea aún más importante: la de educador. Ocurre que si bien en todo hombre existen, por lo menos en potencia, el sentido artístico y la capacidad de apreciación de las obras de arte producidas en su medio, la experiencia perceptiva del hombre común es vaga e imprecisa. Aún más si se trata de obras creadas en otros tiempos y culturas

distintas, como es el caso del arte precolombino. De tal modo, la función del historiador del arte es comunicar su experiencia a un público amplio y ayudarlo a comprender los trabajos de arte, a asimilarlos a su perspectiva personal y, finalmente, a disfrutarlos y extraer de ellos enseñanzas (Fuente, 1985, “El arte prehispánico y la educación”, pp. 30).

4. *¿Para qué la historia del arte prehispánico?*

La historia del arte mexicano se inicia con la de las épocas más remotas, que se han agrupado tradicionalmente bajo el nombre de prehispánicas o precolombinas. El territorio que habitaron los pueblos de cuyo arte he de ocuparme, es conocido como Mesoamérica, su desarrollo en el tiempo abarca cerca de cuarenta siglos, entre los años 2500

a.C. y 1500 d.C., la nomenclatura convencional lo divide en los periodos Preclásico, Clásico y Posclásico.

De todas las que constituyen esa gran historia del arte mexicano- la del Virreinato, la del siglo XIX y la del México contemporáneo-, la historia del arte prehispánico es la más amplia en tiempo y espacio. Sin embargo es la menos conocida a causa de la información escasa y de la dificultad que presenta la comprensión de sus formas y significados originales. Es mucho lo que todavía queda por descubrir, por estudiar, por entender; de la enorme superficie arqueológica apenas se ha explorado, aproximadamente, un 10%.

Tiene, de modo particular la historia del arte antiguo, fronteras extensas y mal definidas con la

arqueología, a lo largo de las cuales ocurren convergencias afortunadas, y se empeñan ciertas disputas en territorio. Por ello, antes de proseguir, quiero destacar lo que distingue el quehacer del historiador del arte de la tarea del arqueólogo.

En tanto que este último se ocupa en el estudio científico de todas las evidencias materiales del pasado que encuentra en sus trabajos de campo, el historiador de arte se interesa solamente en los objetos artísticos, a los cuales se aproxima con el propósito de conocer su significado, sus relaciones de estilo con otras obras de arte, su intrínseca liga con la cultura de la cual forman parte y la información que guardan como testimonios históricos, entre otros valores. También es conveniente apuntar que la historia del arte y la

antropología recorren juntas un tramo del camino, pero luego se separan, porque si bien ambas disciplinas se alimentan entre sí y reciben información de otras ciencias humanas, la historia del arte maneja de modo singular los mensajes que fluyen de ellas y la usa para sus propios fines. La antropología, por su parte, sólo marginalmente se ocupa en los hechos artísticos.

Cabe destacar que en el estudio del México antiguo, los objetos artísticos son la fuente principal, y a veces la única, que tenemos para reconstruir nuestro pasado. Cuando los documentos escritos escasean o no existen, el arte se vuelve la *vía regia* para acercarse a un pueblo y su cultura. Templos y pirámides, monumentales imágenes de piedra, efigies diminutas de arcilla o de piedra semipreciosas, muros

18 policromados en los que se desarrollan batallas y
escenas rituales, 19 vasijas grabadas o pintadas y 20 figuras
realzadas en oro, 21 plumaria y hueso, han sido un
testimonio inigualable para aproximarse al mundo
prehispánico (Fuente, 1999 “El arte prehispanico, un
siglo de historia”, pp. 83, 84).

El reconocimiento de un arte original

Nuestros objetos de estudio son obras que ahora se reconocen como arte, pero que por mucho tiempo fueron desdeñadas. Han sido precisamente los enfoques histórico-artísticos, los que, de manera paulatina, lograron su inserción plena dentro del arte universal.

En efecto, ha sido sinuoso y accidentado el camino que ha recorrido el arte prehispanico, desde

la admiración y asombro que produjo en Durero y contemporáneos suyos del siglo XVI, su satanización y predominante rechazo e incompreensión durante la época colonial; luego, en el siglo XIX, surgirían los primeros esfuerzos por aceptarlo y entenderlo que se hicieron en México, en el seno de una sociedad nacionalista; hasta llegar, bajo la luz de las estéticas pluralistas y de las vanguardias artísticas de fines de este siglo y principios del XX, a su aceptación definitiva y la valoración de su carácter único dentro del extenso panorama de las artes del mundo (Fuente, 1999 “El arte prehispánico: un siglo de historia”).

La originalidad del arte mesoamericano radica en que formal y significativamente no comunica lo mismo que el arte de la China antigua o del Egipto faraónico, por citar sólo algunos ejemplos. Aún

cuando su creación responde a los mismos impulsos primordiales del hombre, sus formas y contenidos son diferentes, su expresión es distinta. Esto se debe a que el artista plástico registra además de formas, líneas y colores, algo que le es inherente en su condición de ser social, y que resulta parte radical de una visión general del tiempo y de sus circunstancias. Es imposible ignorar que el medio ambiente, las tradiciones, las circunstancias políticas y económicas, los credos religiosos, los rasgos nacionales y el clima, ejerzan poderoso impacto sobre los hombres. El que hoy llamamos artista prehispánico –pintor, escultor, arquitecto, ceramista– está imbuido en la civilización de su entorno y su obra la revela en distintos grados y niveles; en ocasiones con hondura, en veces con delicada

24